

Elogio del gerundio

Jorge Úbeda
jorge@transfilosofia.com

En estos tiempos que vivimos, en los que te conviertes en sospecho si no tienes una posición clara sobre todos los asuntos, si no cultivas un perfil afilado y reconocible, si no tienes un dios, una patria, una ideología, un tatuaje, en definitiva, en estos tiempos en los que triunfan los sustantivos, esas determinaciones de nuestro lenguaje que pretenden alejarnos de la vaguedad y la indefinición, en estos tiempos ya aburridos del abuso del "yo soy esto o aquello, de este o de aquel", de los "-ismos" e "-ismas", quiero vindicar un uso más habitual del gerundio que sirva de elogio a esta forma verbal impersonal, pero muy productiva.

Así como cada ser humano singular nace en una determinada lengua, familia e historia que condicionan su posición en el mundo, definiendo en gran medida, lo que es y puede ser, también nace como un ser singular y nuevo respecto del cual no se sabe a ciencia cierta cómo administrará todo el lote lingüístico, familiar e histórico que le ha caído en suerte ni cómo acabará siendo, pues ante cada ser humano que nos nace no nos queda otra que decir, "iremos viendo", entregando a ese gerundio tan modesto, tan poca cosa si no acompaña al verbo principal, gran parte de los posibles significados que encierran las existencias singulares, tan reluctantes a quedar estrechadas en el lecho de Procusto de los sustantivos.

Corren malos tiempos, sin embargo, para el gerundio pues no podemos empezar a hablar sin quedar ya atrapados en algunos de los sustantivos que nos circundan. Hagamos la prueba en uno mismo para mostrar en la realidad lo que solo acabamos de apuntar en el lenguaje. Si comienzo diciendo que soy varón, blanco, heterosexual, de mediana edad y sin discapacidades, casado, padre, madrileño, español y europeo la cosa se pone fina pues cada uno de esos sustantivos parece contener una porción de mi lugar en el mundo y de lo que se puede esperar de mí. Si vamos añadiendo que estudié con los jesuitas, que soy doctor en filosofía, cristiano, directivo en una fundación y autónomo al mismo tiempo, profesor asociado en la Universidad Complutense y el quinto de siete hermanos parece que se perfila cada vez con mayor claridad no solo mi lugar en el mundo, si no lo que se puede esperar que piense, crea o defienda. Si ya hablara de los restaurantes que frecuento, las amistades variadas que cultivo, el lugar donde paso mis veranos o la prensa que aguanto pues quedarían satisfechas las ansias de tantos por colocarme en una posición definida, clara, bien sea para incluirme en la nómina de los suyos o de los otros.

Si pasamos del *soy esto o aquello* al *siendo esto o aquello*, la cosa cambia, qué duda cabe. Siendo varón significa que tampoco tengo tan claro lo que

esto significa y menos todavía en estos tiempos en los que muchos varones nos sabemos poseedores de unos supuestos privilegios que, muchos de nosotros, ni siquiera queremos y empezamos a considerar que el llamado patriarcado es un mal que también nos aqueja a nosotros. Iremos viendo qué nuevas formas de ser varón me depara el futuro pero ni por ser varón ya estoy en una posición en el mundo que me define ni tampoco a salvo de miopías y cegueras. Siendo heterosexual en realidad no debería significar gran cosa, pues nada más gerundio y proteico que nuestro deseo sexual, aunque sé que formo parte de una mayoría social que ha solido tomar, deslizado falacias sin conciencia, lo más frecuente por lo natural y lo natural por lo legal. Siendo heterosexual: mis amores finitos y concretos, alegrías de cada día, pan y vino cotidiano, banquete en el que no se nos piden invitaciones identitarias y cielo multicolor bajo el que convivir en paz los diversos amores que nos atraviesan y nos impulsan. Siendo sin discapacidad, por el momento, pues avanzaré hacia la edad propecta perdiendo facultades y necesitando a otros. Siendo cristiano, buscando el misterio entre al agnosticismo prudente y el misticismo confiado, reconociendo que la buena comunidad salva, aquella que aumenta nuestra alegría y recoge nuestra tristeza y huyendo, como de la peste, de la comunidad que excluye y ahuyenta, que solo aumenta el miedo y la opresión. Siendo blanco es reconocer que casi nunca ha sido relevante definirse como tal, por lo que en un mundo diverso y colorido, donde se persigue y se han perseguido otros seres humanos, los blancos tenemos una cierta responsabilidad de no blanquear a los otros diferentes. Siendo lo que se es no es dejar de ser alguien, como pretenden algunos haciéndonos creer que su miedo al diferente es responsabilidad de este, sino que es aprender a ser en tránsito y en trayecto, viniendo de donde uno está, muchas veces sin saber ni querer, pero yendo hacia donde todavía no se sabe.

No somos monolitos identitarios ni nuestros cuerpos son la cáscara de ideologías que nos mueven como si fuéramos muñecos articulados. Al contrario, nuestras ideologías, a las que damos tanta importancia y mucho de lo que llamamos nuestras identidades son la concha, a veces bien dura, que nos impide vernos a nosotros mismos: seres que viven en la transformación y el cambio, nómadas que traspasan fronteras para vivir mejor, animales con una capacidad de cooperación increíble si el ambiente lo propicia y compasivos, capaces de guardar en el armario nuestras posiciones, principios, identidades y demás pesos porque hay alguien que necesita de nuestra benevolencia y de nuestra acción. En realidad, no tenemos que creernos nada demasiado en serio para poder llevar una vida digna y respetuosa con los otros.

¡Qué amable parece una vida en gerundio! Trabajando, amando, riendo, sufriendo, gozando, discutiendo, bailando, aprendiendo, creando, bebiendo y comiendo, viniendo de y yendo a pues incluso la muerte, puede que sea un gerundio, el último trayecto.